

Marcha por la existencia:

Una marcha es simplemente más que eso

*Iván Altamirano Medina**

Señores del gobierno: Los indígenas deben ser escuchados y oídos, principalmente porque creyeron y confiaron en ustedes...

Nuevamente los pueblos indígenas de tierras bajas se ven en la necesidad de dejar sus sueños y aspiraciones en las calientes y maltrechas carreteras de nuestro tristemente célebre país, sólo porque la soberbia de oscuros personajes —funcionarios públicos— se les antojó desconocer sus más elementales derechos.

Una marcha no es simplemente un tránsito de un lugar a otro, no es simplemente un afán de conocer nuevos horizontes; una marcha es mucho más que eso, pues se pone en juego dignidades, sueños aspiraciones y hoy, la vida misma.

Bien podría denominarse este nuevo desafío: «la marcha por la existencia misma», puesto que no sólo se trata de proteger las especies forestales o la fauna con todo su diversidad — aunque solo fuera eso, debié-

ramos igual proteger o preservar—, se trata del espacio donde habitan seres humanos, hombres y mujeres; niños y ancianos; seres con conciencia llenos de vida, llenos de esperanzas y de sueños, hombres libres que siempre han convivido con todo lo que les rodea en forma armoniosa y honesta, sin pretender más de lo que hoy les proporciona la naturaleza. Es decir, la pretendida carretera, no sólo pone en riesgo la diversidad natural del TIPNIS, sino el espacio vital de desarrollo, de vida de más de un pueblo indígena; por tanto, estamos frente a una franca intencionalidad de posibilitar la extinción de cientos de seres humanos.

Podemos convenir respecto a la importancia que representa una carretera, sin duda alguna. A lo largo de la historia de la humanidad se tiene comprobado que la vertebración caminera, la construcción de vías que unan dos puntos geográficos de la tierra, ha permitido el intercambio no sólo de productos, sino también de conocimientos y, en el caso de nuestro país, incluso ha permitido conocernos a nosotros mismos, puesto que gracias a ello, hoy sabemos de



Una vista del inicio de la marcha de los indígenas del TIPNIS. Una marcha que pone en juego dignidades, sueños, aspiraciones y la vida misma.

Fuente foto: www.opinion.com.bo

la existencia de pueblos tanto de tierras altas, como de tierras bajas.

Sin embargo, también podemos convenir que las carreteras no siempre han posibilitado mejores condiciones de vida para los más pobres de nuestro país, concretamente el caso de

los pueblos indígenas, sino basta verificar la pérdida sistemática del territorio de los pueblos indígenas a raíz de la penetración humana y animal (vacas) a espacios vitales, consecuentemente haber generado marginalidad y invisibilidad de los que siempre estuvieron aquí o allá.

* Abogado, consultor, docente universitario y asesor de los pueblos indígenas del Oriente Boliviano.

No pretendo referirme en el presente, a la pérdida de las maravillosas maderas (forestal) o animalitos (fauna), pues ya lo hicieron muchos, científicos y empíricos, letrados o no, pues claro está que la construcción de la carretera, paradójicamente, conlleva en sí misma la destrucción y la muerte.

Entonces, sólo pretendo referirme a la condición humana (en toda su acepción), a los que hoy dejan en cada paso que dan, ilusiones, sueños y esperanzas, a los miles de marchistas, a los niños alegres y vivaces que lamentablemente hoy se ven obligados a caminar tras las abarcas y chinelas de sus padres y madres, a las mujeres que con mucho dolor, siguen los pasos de sus esposos y sus hijos, a esos seres que confiaron en sus líderes.

En este contexto, cabe preguntarse, ¿porque tanto desdén y soberbia de aquellos que un día juraron defenderlos y se comprometieron apoyar la lucha de los pueblos y naciones en defensa y vigencia de sus derechos?

Las respuestas pueden ser tan distintas y variadas, pues dependerá de quien pretende dar respuesta a esa interrogante, de su posición política e ideológica y de la comodidad de su entorno.

Que los pueblos indígenas de tierras bajas son tan pocos QUE NO TIENE VALOR ELECTORAL O ELECTORERO, pues parece que sí. Efectivamente, a ningún partido político que sólo busca el voto le será atractivo (relación costo beneficio), peregrinar desde el extremo sur (casi Argentina), al extremo norte (casi Brasil y Perú), para obtener equis cantidad de votos (poco, en todo caso), si probablemente la misma cantidad o muchos más votos, lo podría obtener en el Alto (La Paz) o la Villa Primero de Mayo y Plan 3000 (Santa Cruz), sin transitar por todo el territorio de Bolivia, sin invertir muchos recursos y lo que es fundamental, sin ensuciarse y alejarse de la comodidad del aire acondicionado o la calefacción — dependiendo donde se encuentre.

Que los pueblos indígenas de tierras bajas son tan pocos y además tan, pero tan pobres (hablando de dinero), QUE NO TIENE INCIDENCIA ECONOMICA, pues parece que sí, porque si incidieren en la economía, una marcha o un bloqueo movilizaría

a cientos de funcionarios públicos que humilde y servilmente estarían atendiendo «sus demandas».

Que los pueblos indígenas de tierras bajas son tan pocos y además tan, pero tan pobres, sumado a ello, SIN PESO POLITICO, pues parece que sí, puesto que nunca tuvieron un Presidente del Estado (No República – no es bueno equivocarse), Un Presidente del Órgano Judicial, o del órgano electoral o del monumental «poder» legislativo, así es y, probablemente como van las cosas, nunca llegaron a esos sitios, reservado como decía nuestro entrañable amigo Platón, solo para los sabios.

Si así están las cosas, entonces vale la pena preguntarse ¿Qué mierda entonces tienen?, ¿por qué debiera «bajar» (sinónimo de llano en contraposición de la Nobleza) el señor Presidente del Estado Plurinacional a dialogar con seres que prácticamente no tiene importancia ni trascendencia? Y, como alguien dijo en alguna oportunidad; «... su injusta oposición al desarrollo hacen de ellos la harapienta minoría».

Pues señores del gobierno, los pueblos indígenas del Oriente, Chaco y Amazonia, tienen algo que ustedes ni nadie podrá negar o rechazar: EXISTEN, SON, ESTAN, VIVEN, SE REPRODUCEN Y MUEREN y así sucesiva y cíclicamente por los siglos de los siglos, por tanto por el solo hecho de existir, deben ser atendidos, deben ser escuchados y oídos y, principalmente, porque creyeron y confiaron en ustedes.

Los derechos se ejercen (por eso marchan), los deberes se cumplen (atiéndalos), no se olviden que los pueblos indígenas fueron los soñadores y forjadores del cambio, con su sacrificio (marcha del 90), diseñaron el nuevo Estado, permitieron la posibilidad de cambiar nuestro texto constitucional y lograron que sus derechos (no se los dieron nadie les hizo el favor) sean incorporados en el texto constitucional, a nadie le deben nada, es más, somos nosotros los que les debemos, América le debe, el mundo está en deuda, pues gracias a su «injusta oposición al desarrollo» a su «terquedad histórica», aun tenemos la posibilidad de «vivir bien».

VIENE DE LA PAGINA 5

Reflexiones inevitables...

propia incoherencia. Cuando Su Excelencia impone la *wiphala* y el Solsticio de Invierno, expresiones culturales netamente andinas, como símbolos nacionales, está arrasando con su decantado discurso de la interculturalidad. ¿Por qué decimos esto? Porque interculturalidad significa respeto entre culturas diferentes, que en este país pluricultural todas las culturas indígenas están en relación horizontal y ninguna está por encima de otra, y así está escrito en la Nueva Constitución, aunque esta Carta Magna ya nació con esas soberanas incongruencias.

Finalmente, tal vez sea necesario enfatizar algo que debería ser vivencia cotidiana entre los bolivianos y el gobierno, sobre todo ahora que tanto se habla de pluriculturalidad e interculturalidad. ¿Por qué los indígenas del TIPNIS en especial, y los indígenas de todos los pisos ecológicos del país están apoyando la causa de **no construir** la carretera por medio del Parque Nacional Isiboro-Sécure?

Sencillamente, porque en esa región beniana del Isiboro-Sécure, cuajada de ríos con nombres mojeños sobre todo, está el núcleo de su ancestralidad, están las raíces más profundas de su espiritualidad arawac, como me lo recordó hace días mi amiga Fanthy Velarde y coincidió hace minutos mi amigo Homero Carvalho, en su artículo «Los dueños del

monte», enviado por Internet, cuando terminaba la redacción de lo que está leyendo. Cuando a mediados del siglo XIX los indígenas mojeños-trinitarios comenzaron su mesiánica búsqueda de la Loma Santa, sus canoas repecharon las corrientes hacia los ríos y bosques pleistocénicos del Isiboro-Sécure, hacia las grandes lomas milenarias repletas de cerámicas, que están orilleando los ríos, y así fundaron Santo Rosario y Trinidadcito y otras comunidades, después de San Lorenzo y San Francisco. Retornaban allá, escuchando la voz de sus abuelos que había quedado engarzada en el canto de las aves, en el bramido del tigre, en el desovar de los peces, en el fluir de sus barrancos de greda, en el rumor de la selva azotada por el viento, en el pífano y el sancuti que acompañaron al Tontochi, cuando los jesuitas los concentraron para fundar las Misiones de Mojos.

¿Sabe Su Excelencia que la ancestralidad mojeña les enseñó amar a su tierra, su laguna, su monte, su loma, y que el castigo más severo que sufrían sus antepasados era la expatriación o el confinamiento lejos de su territorio? Señor Presidente, por favor, más coherencia: haga que entre el dicho y el hecho, no haya mucho trecho.

Como boliviano que caminó en la Marcha de 1900, comprendemos íntegramente la nueva epopeya multiétnica que está recorriendo la ruta del honor nacional.

Trinidad de Mojos, agosto 21 de 2011



Fuente ilustración <http://lastierrademoxos.blogspot.com>